

SEÑOR PRESIDENTE

CON estas dos palabras, generosamente prodigadas a lo largo de tres columnas, una publicación tan representativa como "Fuerza Nueva" de lo que—haciéndole demasiado favor—podríamos llamar pensamiento "ultra", se dirige al señor presidente del Gobierno para decirle: nos excluimos de su política, no colaboraremos con usted ni siquiera en la oposición, no queremos obedecerle ni acompañarle.

No nos gusta polemizar; preferimos exponer nuestras opiniones y que el lector compare; tampoco el presidente del Gobierno necesita defensa, ni nadie nos la ha pedido. Pero la singularidad del ataque, aun en una publicación tan singularizada como aquella a la que nos referimos, la pasmosa irresponsabilidad que revela, merece un comentario que estimamos de interés general.

Cuando sucesos como el de la calle del Correo, que toda España llora, piden que nos agrupemos alrededor de la autoridad, que por definición representa la garantía del orden, ¿es esa otra actitud la que procede? Se alega que la política del Gobierno es la causa del clima que hace prosperar la subversión; ¿pero acaso ésta se mantuvo inactiva cuando desde el Poder se seguía una política muy diferente y más afín a la que piden los detractores de la actual? Lo que ellos hacen, trasladando el asunto a ese terreno, es hacerlo el juego a la subversión; ¡qué más querría ésta sino que el Gobierno perdiese los nervios, escuchase a los "ultras", se endureciese políticamente (otra cosa completamente distinta es el necesario rigor en la represión de la subversión) y renunciase al programa expuesto por su presidente el 12 de febrero! Entonces es cuando, a nuestro juicio, estaríamos en el camino más directo para que sobre el país cayeran todos los males. Cambio sin riesgo, ha proclamado el Presidente francés. Su negativa a todo cambio evolutivo es el riesgo y el desastre seguros.

Pero esto es lo que no se debe si se puede hacer. La represión de la subversión es un asunto policíaco y judicial; la evolución política es un asunto diferente. No sólo no se deben mezclar, sino que hacerlo sería, como decimos, el peligro mayor. En la evolución política los españoles nos jugamos nuestro porvenir. Interrumpirla sería hacer pagar a la inmensa mayoría las culpas de una minoría de criminales. Entre el pueblo español y esa minoría y entre lo que corresponde a uno y a otra debe existir una línea de separación neta, tajante, y los que pretenden borrarla hacen, inconscientemente, el peor servicio a los valores de paz y tranquilidad que pretenden defender.

Además, ¿en qué se apoya la pretendida contradicción entre el espíritu del 12 de febrero y unos Principios que, naturalmente, se quiere que evolucionen, pero que por eso mismo son acatados, respetados y servidos mejor que lo hacen quienes, con su aparente ciega fidelidad, no consiguen más que inmovilizarlos y secarlos? ¿No ha sido el propio Franco quien condenó "cualquier criterio cerrado y excluyente" y afirmó que "el dinamismo político continúa", en aquel memorable mensaje de la Navidad de 1972, tan manifiestamente ratificado en el que pronunció el 30 de diciembre del año siguiente, en las circunstancias que siguieron al atentado que costó la vida al almirante Carrero Blanco?

El presidente del Gobierno puede estar tranquilo. En su doble empeño le acompaña la inmensa mayoría de nuestro pueblo, que desea asegurar la paz futura; tanto en el programa para adaptar el régimen a las exigencias políticas del momento como en enfrentarse a los que (sin que pretendamos equiparaciones injustas) tratan de detener esa evolución, ya sea criminalmente, ya sea, como en este caso, con el arma de la pluma, no por incruenta menos dañina.